

# EVANGELIO Y RUPTURA ESPIRITUAL EN EL MUNDO DE HOY

CLAR, Año XL, nº 6 / Noviembre / diciembre 2002

*Al enraizarnos en nuestra vocación escuchamos cada vez más de cerca el grito del mundo.*

*Es una pregunta para el mundo  
y para nosotros mismos:  
¿cómo estos lugares insignificantes, sin los  
atractivos de todo espectáculo mediático  
religioso de hoy,  
nuestras comunidades religiosas, pueden  
todavía atraer  
a hombres y mujeres posmodernos?*

***Simon Pedro Arnold, osb.***

**Teólogo asesor de la Presidencia de la Clar**

En cualquier época, los cristianos hemos conservado la intuición profunda de un vínculo entre vida espiritual evangélica y ruptura, conversión, separación del mundo. El Evangelio es una novedad radical y muchas veces excluyente que irrumpe en la vida de los seres humanos invitándoles a una verdadera transformación. Dicha tensión se resiente más fuertemente en épocas de crisis y de decadencia social, cultural y moral. El nacimiento del movimiento monástico en Egipto, por ejemplo, o de las órdenes mendicantes en Europa, sólo se explica por la toma de conciencia de una desintegración de la sociedad, incompatible con las exigencias fundamentales del Evangelio.

De hecho, vivimos hoy una de estas épocas históricas de crisis radical de los valores y de desintegración de las referencias morales y espirituales. Después de un paréntesis de optimismo y de reconciliación universal en la dinámica del Concilio Vaticano II, muchos cristianos sienten hoy la necesidad de reafirmar concretamente una distancia profética ante el modo de comportamiento propio de nuestros contemporáneos. Nada más normal y tradicional, de alguna manera. Sin embargo, los riesgos no son pocos hoy, de confundir la verdadera ruptura evangélica con modalidades de identificación cristiana que brotan más de un contexto cultural pasado determinado o, peor, que no es más que el reflejo del temor y de la inmadurez histórica de los cristianos...

**Con esta tela de fondo, nos parece necesario reflexionar a partir de tres entradas: el Evangelio en sí, la Tradición en tanto que refleja lo más fielmente posible la práctica evangélica a través de la historia y finalmente, nuestra cultura posmoderna.**

## *El Evangelio: no “del” mundo pero sí, “en” el mundo.*

Todo el evangelio de Juan se presenta como un debate a propósito de la identidad de Jesús y por lo tanto, de sus discípulos. Dicho complejo debate es la clave de nuestra fe. En él, nunca Jesús se define a partir de normas éticas, religiosas o sociales. Dichas normas sólo surgen en un segundo momento como consecuencia de la experiencia de fe. Todo lo contrario: la identidad de Jesús se presenta a la vez como un “*misterio*” (no saben de dónde soy) y como una realidad hundida en la banalidad de las redes humanas (sí saben de dónde soy). La identidad cristiana pertenece a la vez al registro del “*misterio*”, de lo extraño, y del anonimato.

Estas dos dimensiones de nuestro ser provocarán necesariamente tensiones y divergencias en el seno mismo del pueblo creyente. Según las circunstancias y los temperamentos, se acentuará la perspectiva de misterio, el “*no son del mundo*”, subrayando por todos los medios, preferentemente visibles, la ruptura cristiana. Las sectas constituyen, evidentemente, la caricatura de esta opción.

A la inversa, las espiritualidades del hundimiento en el mundo, del anonimato, desarrollarán la intuición de la “*presencia*” escondida en la discreción de la historia humana, temiendo, como contraria a la humildad y al amor de comunión evangélica, toda forma de identificación exterior que no sea la santidad de vida pura y dura.

***¿Qué hay de nuestra libertad y de nuestra ruptura ante las ideologías individualistas del trabajo, de la competencia, de la seguridad, del rendimiento?***

Pero contemplemos a Jesús para situarnos mejor. Por cierto, escandaliza a la “*buena gente*” de su tiempo. Pero ¿cómo? Se sienten perplejos porque no ayuna como los fariseos y los discípulos de Juan (ruptura ascética). Lo tratan incluso de glotón. En cambio, choca profundamente con las buenas costumbres judías al dejarse acompañar y hasta tocar por mujeres. Almuerza con los pecadores etc. Finalmente su escandalosa libertad ante las prescripciones legales de pureza y de cuidado del sábado parece haber sido el motivo principal de su condena.

**Jesús, por lo tanto, no es del mundo en la medida en que demuestra una libertad divina ante las normas ascéticas, legales y morales que él estima contrarias a la Buena Nueva. Pero, en cambio, está “*en*” el mundo por su solidaridad activa con los excluidos, signo del advenimiento del Reino mesiánico, según lo anunciado por Isaías.**

La identidad cristiana, por lo tanto es, ciertamente, una ruptura respecto a los comportamientos “*mundanos*” pero una ruptura que manifiesta la libertad de Cristo y de sus discípulos y la solidaridad que, en términos evangélicos, se llama la caridad, signo del Reino.

Esta ruptura de libertad y de caridad implica, a su vez, un modo de vida que Mateo califica de “*perfecto*” a imagen del Padre, al concluir el discurso sobre la montaña. En efecto, la moral, la espiritualidad y el comportamiento que brotan de estas dos fuentes se revelan infinitamente exigentes, superando la moral de los escribas y de los fariseos, precisamente porque nunca hemos llegado a la plena libertad y a la plena caridad. Finalmente, la ruptura cristiana se cristaliza en primer lugar no en normas ascéticas precisas sino en la “*felicidad*” de las Bienaventuranzas, esta felicidad de los que no tienen más plenitud que el propio Dios siempre anhelado, nunca alcanzado.

## ***La “fuga mundi” en la Tradición***

La expresión “*fuga mundi*” tuvo su hora de gloria en el lenguaje cristiano. Desgraciadamente, es sumamente ambiguo. Si se desvincula esta expresión de la experiencia práctica de la caridad, se cae en la tentación de una interpretación contraria a su verdadero sentido y así la ruptura se presenta como una simple fuga de los riesgos, un desprecio de lo creado, una demisión social y política.

Por lo contrario, es la identidad evangélica la que, en sus raíces, es extranjera a las prácticas del mundo, comprendiendo aquí el mundo en la perspectiva de san Juan no tanto como mundo material creado e histórico, sino como la dimensión pecadora de la vida humana. La verdadera Tradición espiritual siempre entendió bien esto y no consideró nunca la fuga fuera del simple reconocimiento de hecho de nuestro estado de extranjeros. En efecto, dicha fuga se ve acompañada siempre de un deber de acogida y de fraternidad prácticas que no tienen nada que ver con la “*fuga*”.

Pero si la “*fuga*” es, esencialmente, el reconocimiento de nuestra identidad de extranjeros, es también, para los antiguos, un medio indispensable para ejercitar nuestra libertad espiritual. En otras palabras, se presenta como el taller de la conversión del corazón por la penitencia y la ascesis. Pero a condición de que tal ascesis sea reveladora de la alegría de las bodas del Mesías y no se convierta, como es a veces el caso, en una acrobacia más propia del orgullo que de la santidad.

Finalmente, la ruptura o la “*fuga mundi*” es comprendida también por los antiguos como el lugar de una espera, de una necesaria purificación, un “*adviento*” de despojo en vista a intensificar el deseo de Dios, esta brecha, esta carencia permanente del espiritual que aspira constantemente a ver a Dios.

### ***¿Qué ruptura para la humanidad de hoy?***

En un tiempo marcado por las tentaciones restauradoras, en particular en la Iglesia y en la vida religiosa, es conveniente confrontar la exigencia evangélica tal como acabamos de presentarla, con la sensibilidad y las intuiciones del mundo contemporáneo. La conciencia de la urgencia de rupturas ya no es la exclusividad de los cristianos ni mucho menos. Aún si las motivaciones son diversas (ecología, solidaridad política, sentido de la dignidad humana y de la justicia, perspectiva de género etc.), pocas épocas más que la nuestra, han demostrado a la vez un cinismo deshumanizante extremo y propuesto más estilos de vida y de sociedad alternativos.

**Se trata primero de volver a encontrar la esencia de la ruptura profética fundada en las dos dimensiones evangélicas de libertad y de solidaridad-caridad.** Aquí tenemos un amplio abanico de opciones. La relación a los bienes materiales, al dinero, las ideologías en crisis y a cierto tipo de manifestación de la cultura es un terreno privilegiado de dicha ruptura. El cristiano se afirma libre ante todo tipo de práctica cultural, incluso en el seno del propio aparato eclesial. Personalmente, me parece a menudo que las supuestas rupturas del mundo religioso no expresan para nada esta libertad y que, detrás de una aparente pobreza y una aparente austeridad, seguimos, y quizás cada vez más, pensando y reaccionando en posmodernos empedernidos. ¿Qué hay de nuestra libertad y de nuestra ruptura ante las ideologías individualistas del trabajo, de la competencia, de la seguridad, del rendimiento? Y en nuestras pretendidas rupturas, ¿qué hay de la solidaridad activa, de la compasión y del amor verdadero? Las interpelaciones de tantos excluidos o los desafíos de la paz y de la justicia ¿nos empujan de verdad a rupturas significativas? ¿Cuántas pseudo rupturas folklóricas y hasta crueles que no denuncian para nada la “*buena conciencia*” de este mundo inhumano!

Toda la dimensión penitencial de esta ruptura se debe reactualizar. Necesitamos no sólo un terreno para ejercitar nuestra libertad cristiana siempre amenazada por el pecado de la instalación y de la complicidad, sino también un lugar de comunión en el sufrimiento. “*Lo que falta a los sufrimientos de*

*Cristo para su cuerpo que es la Iglesia*”, según la fuerte expresión de san Pablo, no es una invitación al masoquismo sino, por una parte, a la compasión y, por otra parte, al despojo. En esta línea, el redescubrimiento del ayuno colectivo solidario en nuestro continente, de la caminata como peregrinación de protesta, del silencio y de la vigilia social y políticamente proféticos, constituyen una verdadera y nueva oportunidad de amor y de compasión a la vez que un siempre necesario y urgente ejercicio de purificación. **Pero todo aquello sólo tiene sentido si es vivido en la humildad de la gracia que salva, de la alegría de los pobres a quienes pretendemos acompañar con los pies más que con la proclama.**

En fin, la ruptura, como experiencia de la carencia fundamental, del vacío que taladra obstinadamente al ser humano en espera de Dios, es particularmente actual en una sociedad obsesionada por el relleno a todo nivel: relleno por el ruido, los sentimientos superficiales, el placer efímero vendido como ilusión de armonía pasajera y toda esta vasta empresa de distracción y de drogadicción político mediática que pretende hacer olvidar el inmenso y negro hoyo interior del alma humana.

Para la humanidad posmoderna, aprender el vacío real y concreto, y a la vez metafísico, en el tener, el poder, el saber, el sentir y el amar, es una condición indispensable para acoger la posibilidad de una visita de Dios. El absoluto de la oración sólo se puede vivir en la soledad y la desnudez radicales.

**Esta ruptura evangélica, tanto de las personas como de las instituciones, implica una gran madurez. ¡Cuántos contra-testimonios irrisorios en nuestras pretendidas y farisaicas rupturas, muchas veces incomprensibles y hasta antievangélicas! Es urgente volver a encontrar los caminos del desierto posmoderno que revelen de manera creíble nuestra libertad en el amor, nuestra identidad que “no es del mundo” estando, sí, “en el mundo” y “para el mundo” posmoderno fascinante, enloquecido, demasiado humano y tan inhumano. Es urgente también, para eso, abandonar tantas prácticas friolentas e infantiles que, al retiramos del mundo se inspiran, sin embargo, paradójicamente, en el pensamiento y la ideología “del” mundo.**

### *¿El retorno de lo “espiritual”?*

A pesar de todo lo dicho anteriormente, es común hoy hablar del regreso de lo espiritual bajo varias formas. Además, se suele oponer este “*come back*” a la ola conciliar de las décadas anteriores tachadas, un poco rápidamente, de “*sociologizantes*” o “*psicologizantes*”. Algunos cristianos buscan, a veces con avidez, en la espiritualidad medios para escapar al ahogo de las preguntas del mundo *pos-moderno*, sin preocuparse de la calidad y hasta de la verdad de dichas experiencias pretendidamente espirituales. En la Iglesia católica, tan acostumbrada a los vaivenes de tendencias, este retomo se ve liderado, en general de manera triunfalista, por instancias netamente conservadoras con el riesgo de provocar en la mente de los creyentes algunos a priori esquemáticos como: la espiritualidad está a la derecha y lo social a la izquierda.

Sin embargo, me parece que lo que se suele llamar retorno de la espiritualidad representa también (y quizás esencialmente) un fenómeno de sociedad, como en el bajo imperio romano, sin rumbo e invadido por los cultos asiáticos, mientras las grandes profecías sociales latinoamericanas de los últimos decenios, entre otras la teología de la liberación, son evangélicamente creíbles sólo porque se enraízan en una verdadera y profunda experiencia espiritual.

De todas maneras el Espíritu no escoge su partido ni su hora. Allí donde la Iglesia y la humanidad están atentas al evangelio, consciente o inconscientemente, allí está el Espíritu. O más bien actúa más allá de las fronteras visibles de la institución. Nunca de manera restringida, en un solo sector o una sola ideología.

Preocupado por el peligro de la recuperación ideológica de la espiritualidad, quisiera mostrar que la experiencia de la fe es a la vez una y plural. La espiritualidad no puede ser el monopolio de una tendencia sino el tesoro de todos. Ella se nutre siempre de los amplios espacios de Pentecostés.

### *Una espiritualidad de cruce*

La experiencia de la fe, como lo señalábamos más arriba, es necesariamente la de un tira y afloja permanente. En mí esta experiencia se expresa constantemente entre el deseo incoercible de soledad y de silencio, en una palabra de Dios sólo, y el llamado crucial y muchas veces trágico del mundo. Intento constantemente “no” escoger y vivir mi vida de oración como el crisol privilegiado de dichas urgencias del mundo. Los interrogantes del mundo, como los gritos de los pobres son parte intrínseca de mi historia con Dios y con la humanidad. No puedo ni quiero refugiarme en el “Solo” para evitar de escuchar las multitudes, ni justificarme por la potencia de la ola humana para dispensarme del combate con el Invisible.

**Busco, por lo tanto, vivir una espiritualidad de cruce de caminos.** Y en este intento desgarrador, siento cada vez más mi vida religiosa como ese cruce. Lugar de silencio, de discreción, de “fuga” en el sentido de ruptura esbozado más arriba, mi monasterio es también, por la exigencia de una hospitalidad abierta, lugar de encuentro inédito con las grandes corrientes de aire del mundo. Pocos estilos de vida como el nuestro debería acumular tanta energía, tanta carga humana y divina. Al enraizarnos en nuestra vocación escuchamos cada vez más de cerca el grito del mundo. Es una pregunta para el mundo y para nosotros mismos: ¿cómo estos lugares insignificantes, sin los atractivos de todo espectáculo mediático religioso de hoy, nuestras comunidades religiosas, pueden todavía atraer a hombres y mujeres posmodernos? **En la frialdad y crueldad del mundo de hoy, podríamos ser algo como refugios de montañas espirituales para que los seres heridos de esta cultura vengan a calentarse un poco al calor de nuestra fraternidad, al sabor de Emaús.**